



EL BARDO DE LAS SOMBRAS

Rubén Jiménez Colás
como
Benny Veras

El bardo de las sombras

—A tu salud, viejo amigo. —El basto licor del último sorbo de su petaca le recorrió el esófago.

No era el entierro idílico de una mañana lluviosa. Tampoco la multitudinaria despedida que se le daba a esa persona que todo el mundo conocía en su pueblo natal. Ni tampoco el ritual religioso para desearle un buen viaje al más allá a un ser querido. No había flores, ni siquiera tierra fresca removida para enterrar una caja barata de pino. Solo el recuerdo de una vida compartida a medias para un compañero de trabajo.

Treinta años viajando de taberna en taberna, de posada en posada, alguna que otra plaza en las grandes ciudades, interpretando canciones folklóricas y pequeñas comparsas no daban para muchas buenas amistades. Ni tan siquiera el hecho de llevar noticias de un lado a otro hacía que la gente recordara un par de vulgares juglares.

Ya estaba acostumbrado a la soledad. La pequeña compañía que se hacían llamar, en realidad no ocultaba que eran dos simples hombres abandonados por la sociedad.

Tras guardar su petaca se dispuso a tocar.

Sí sabía qué canciones se tocaban para despedir a los respetados gobernantes de cuentos y leyendas, pero ninguna podía reflejar lo que Jake se merecía. Así que improvisó unos acordes con su destartalada cítola.

Tras afinarla, empezó a tocar aquella canción que el destino decidió para conocerse. Lo recordaba como si hubiera ocurrido ayer. Una canción alegre, sin preocupaciones, perfecta para una taberna llena de jóvenes en aquel pueblo costero. Hablaba de las travesuras de un joven que intentaba ganarse el corazón de la princesa del lugar y cómo lograba zafarse del castigo que le imponía el rey por intentar raptar a su hija con cuentos y conjuros.

Siguió tocando.

Recordó, ahora en ese espacio silencioso que dejaba su ausencia, la voz que se le unió desde la puerta en aquel entonces. Nadie esperaba que el pobre mendigo que rondaba por las calles tuviera esa voz, ni entendían cómo diantres se sabía tantas estrofas para aquella historieta.

El recuerdo de cómo terminaron dándole más bebidas al nuevo integrante que a él mismo, al acabar la actuación, le produjo una carcajada. Pues tanta memoria ameritaba una recompensa.

Tras un par de estribillos, cambió a la melodía del Oso Roperero.

Esa sí que estuvo bien, recordó. El adinerado señor de un pueblo que se dedicaba al cultivo de la uva los contrató para amenizar la cata del vino de ese año. Quién se imaginaría que mientras el señor intentaba engatusar a varios comerciantes, Jake acabaría compartiendo lecho con la mujer de este. *Bien merecido se lo tenía*, pensó el bardo, *pero eso no impidió que tuviéramos que viajar durante varias semanas hasta que perdieron nuestro rastro*. Sonrió al acordarse.

Siguió tocando distintas piezas, rememorando los lugares, las fiestas, los eventos, mercados, barcos y carretas que compartieron. Las caras de los niños que escuchaban esas aventuras, los suspiros de las mujeres que oían las hazañas de amor de los héroes de los relatos, las caras de sorpresa al enterarse de cambios de gobernantes y batallas que ocurrían en tierras lejanas dejándoles con la duda de qué les iba a ocurrir tras ello.

No dejó de tocar.

Aunque con esfuerzo, tocó todas y cada una de las piezas que interpretaron en cada uno de los lugares en los que estuvieron. Tocó las originales y las que modificaron, pues no en todos los lugares aceptaban una jerga tan vulgar o blasfema. Tocó también los acompañamientos de los relatos, creando ambientes para trotes y carreras a caballo, finas y cálidas melodías para cartas de amor, estridentes y disonantes acordes para las discusiones y batallas que vivían los héroes y villanos.

Y tocó canciones de muerte.

Las más amables para los mártires de sus historias. Los que salvaron vidas y evitaron desgracias, los reyes que hicieron grandes a diversas naciones. También tocó las más agrias. Canciones que se hicieron con la finalidad de recordar las acciones de personas que empezaron conflictos, desataron guerras y trajeron miseria, enfermedad y terror a gente inocente. Dejó para las últimas, aquellas canciones que se dedicaban a un amigo. Las que se cantaban cuando un familiar se iba y le pedían que velara por todos ellos.

Pero ninguna de las canciones que aprendió, que tocó y que cantó en su vida, pedían que esa persona que se fue volviera. Así que decidió crearla.

Sin dejar de puntear las cuerdas, más allá de lo que requería alguna canción, siguió tocando. Agrupó todos los recuerdos vividos con él, todas las experiencias, tanto las mejores como las peores. Recogió cada una de las vivencias e intentó plasmar el anhelo de seguir creando nuevas, tan ricas y maravillosas como las pasadas, en una canción de retorno.

Le pidió a Jake que no se perdiera, que volviera con él. Siguió tocando con la intención de hacerle de faro a su espíritu y pudieran encontrarse otra vez. Tan solo una vez más.

El viento que, esa mañana, amenazaba con llevarse sus lágrimas, amainó abruptamente. Eso no le distrajo para seguir tocando. Nada a su alrededor lo podría abstraer.

Siguió creando. Estaba en trance. No se percató de la hora, pues ya era noche cerrada, ni se inmutó cuando dejó de sentir sus dedos, que aunque encallecidos, sangraban.

Quería tenerlo de vuelta, tan solo una vez más. No era el deseo de un amor, imposible ya, tampoco era la impotencia de no haber podido despedirse. Lo único que quería era poder tenerlo a su lado. Una. Vez. Más.

Siguió tocando. Estaba convencido. Estaba seguro de que esa canción inédita movería cielo y tierra. Haría temblar los cimientos del más allá y de esa manera Jake sabría que esa canción era para él.

Con dificultad, abrió los ojos. Le costó más de lo que cabría esperar. No escuchaba su melodía, pero sabía qué cuerdas y qué trastes pulsaba. Conocía ahora esa canción, como si alguien le estuviera susurrando el tempo, las notas, todo.

El ambiente, oscuro y aletargado, como si lo hubieran sumergido en miel, se le antojaba ajeno. Del suelo emergían pequeñas ondas, como pequeñas olas concéntricas, que emergían de él y su cítola, deformando las superficies de todo aquello que recorrían perdiendo fuerza al alejarse. Pero no dejó de tocar.

Como esas tímidas personas que se asoman a la taberna al oír cantar a un juglar, unas pequeñas sombras empezaron a arremolinarse a su alrededor. No tuvo miedo. Siguió tocando. Las sombras se iban acercando, cada vez más nítidas. Una tras

otra emergían. No entendía cómo esas formas oscuras podían mantener el equilibrio con el suelo ondeando, pero le pareció lógico.

El nuevo público parecía instarle a tocar con más ímpetu. Las figuras dejaban de ser pequeñas sombras y empezaban a tener una forma más reconocible. Sin dejar de rasgar las cuerdas, y con un tempo más rápido, pudo discernir algunas caras. No eran tan nítidas, pero percibía los contornos, las formas de cabezas y hombros, los huecos de las cuencas de los ojos. Pudo diferenciar a niños de adultos y entre todos ellos una figura destacaba entre las demás.

Se le acercó lentamente. Cuanto más rápido tocaba, más se le acercaba y más detalles era capaz de distinguir aún, con la poca luz que la luna podía darle. Cuando esa forma se le plantó de frente pudo ver con claridad el cuerpo de un hombre bañado en oscuridad. Parecía que le tendía una mano pero cuando se fijó en ella le dio la impresión que sostenía algo que no era capaz de ver.

Con una voz en eco, como quien susurra en una cueva, oyó:

—A tu salud, viejo amigo.

En ese preciso instante una de las cuerdas de su cítola se rompió propinándole un latigazo en la cara.

Dejó de tocar.

El ambiente se aligeró de golpe, produciéndole la misma sensación que al salir del agua cuando te estás quedando sin aire.

El viento volvió a soplar.

Ya no había figuras en sombras, el suelo no ondeaba. Sentía el ardor de los dedos en carne viva, así como el de su mejilla por el azote de la cuerda. Sintió el dolor agravándose con cada bocanada de aire mientras intentaba hacer acopio de lo ocurrido.

Estaba seguro. Lo sabía. Su canción, la que pudo sacar todas esas ganas de traer de vuelta a Jake, había funcionado. Y sabía cómo, la recordaba perfectamente. Incluso sabía el final de esa canción que la maldita cuerda no le dejó terminar.

Cualquiera que lo hubiera visto en ese momento habría salido corriendo del pánico. La carcajada que soltó hizo que los lobos aullaran esa noche.

